



En la cueva, todos necesitamos la *brisa suave*

Mística de nuestro Seminario en este tiempo

“Después del fuego se oyó el rumor de una brisa suave. Al oírla, Elías se cubrió el rostro con su manto, salió y se quedó de pie a la entrada de la cueva” (1Re 19,12-13)

Hermanos queridos... Ya no dudamos que éste es un tiempo oportuno para captar las *brisas suaves* del Señor, porque pocos tiempos como éste nos llevan *a la cueva*, hasta nuestro Horeb interior. Aquí recordamos que el Señor no está en el fuego, ni en el terremoto, ni en el huracán; a Él sólo lo percibimos cuando estamos aquietados.

Como Iglesia tenemos la urgencia de llegar también a las cuevas de hoy, a los Elías rechazados, a los hambrientos, a los solos y a los cansados de nuestra sociedad actual. Es necesario un “servicio sacerdotal permanente” (de la Iglesia toda: laicos y consagrados), para que llegue a todos la “brisa suave” del amor, el aire fresco que renueva la esperanza y que es eso esencial que tiene la Iglesia. Ella tiene al Amor, y por eso enseña cómo amar... Es más, ¡está llamada a ser “el amor”! como lo entendió Teresita, el cura Brochero y tantos santos.

¡Este es un tiempo *de cuevas* que nos da la posibilidad de expresar lo que somos! Nos da la posibilidad de *expirar* la vida que tenemos, como hizo Jesús en la cruz (Jn 19, 30); y de soplar con fuerza como lo hizo cada vez que se apareció resucitado a los discípulos (Jn 20, 22). Su Espíritu da vida y tiene un nombre concreto: el Espíritu del amor... Éste Espíritu lo condujo toda la vida y Juan lo resumió de manera magistral antes de la pasión: “Él que había amado a los suyos toda la vida, los amó hasta el extremo”. Sabemos que muchos en la Iglesia ya están llegando a los Elías de hoy. Como Seminario podríamos unirnos a algunas iniciativas pastorales, con espíritu sinodal.

“Ajab contó a Jezabel todo lo que había hecho Elías y cómo había pasado a todos los profetas al filo de la espada. Jezabel envió entonces un mensajero a Elías para decirle: “que los dioses me castiguen si mañana, a la misma hora, yo no hago con tu vida lo que tu hiciste con la de ellos” (1Re 19,2)

El profeta fue rechazado por haber vencido y matado a los falsos profetas. Tuvo que dejar su lugar y huir. Hoy también muchos hermanos permanecen fuera de su casa. Pensemos en los presos o en los que están haciendo la cuarentena en algún lugar distinto a sus casas, por estar trabajando y por no querer contagiar a sus familiares. En nuestra Diócesis algunas parroquias están funcionando como nexo entre los privados de la libertad y sus familias. Éste es un ámbito en el que podríamos ayudar uniéndonos a esa iniciativa u otras, si estuviera la posibilidad.

*“Luego caminó un día entero por el desierto,
y al final se sentó bajo una retama.
Entonces se deseó la muerte y exclamó:
“basta ya Señor...” (1Re 19,4)*

El profeta gritó “basta” como tantos seguramente en estos días. Necesitamos ayudar, por ejemplo, al Elías cansado que representa hoy a tantos trabajadores de la salud. A ellos les toca el mayor riesgo y el cansancio “hasta el extremo”. ¿Cómo ayudarlos? No haciendo lo que ellos hacen, sino haciendo lo que hacemos siempre. Un médico le dijo a una médica mendocina: “estuve 20 minutos hablando con la esposa de un infectado. Necesito ayuda para contener a esos familiares que no pueden ver a sus enfermos”.

Algunas ideas para una pastoral de la escucha pueden ser: ofrecernos a los párrocos para acompañar (por los medios que sean posibles) a las personas que ellos nos indiquen. Quizás algunos seminaristas de los primeros años puedan ofrecer la pastoral de la escucha al Elías que vive sólo en un asilo porque ningún familiar puede ir a verlo, o porque simplemente no tiene ya familiares. La conexión puede venir del párroco (de nuestra parroquia de origen o de apostolado) que nos facilite el contacto, o de un ministro extraordinario de la comunión que habitualmente visita a los enfermos.

*“Levántate y come,
porque aún te queda
mucho por caminar” (1Re 19,7)*

El profeta, en el desierto, no tenía qué comer. Un ángel del Señor lo tocó y le dijo que comiera. Muchas personas no tienen lo suficiente en sus alacenas para pasar la cuarentena. Y siguen necesitando “algún ángel”.

En nuestra Diócesis siguen funcionando las Cáritas parroquiales. Hoy hay muchos voluntarios jóvenes que se han ofrecido a reemplazar a tantos laicos adultos mayores que han llevado adelante la atención de las Cáritas parroquiales hasta antes de la cuarentena. Este es otro ámbito donde podríamos colaborar, si tuviéramos la posibilidad.

*“Allí, entró en la cueva y pasó la noche.
Entonces le fue dirigida la palabra del Señor” (1Re 19,9)*

Elías llega a la cueva, se aquieta y puede escuchar al Señor. El profeta nos enseña a ingresar en la cueva. Allí tendrá la experiencia más gozosa que jamás olvidará. Porque le ayudará a volver a vivir su vocación y a ungir a Eliseo para que continuara la misión profética.

La pastoral de comunicadores, nuestros obispos, varios curas, los seminaristas y varios laicos, llegan continuamente a *esas cuevas*. Allí la masa más numerosa de hermanos del Señor vive su cuarentena. Tantos hemos disfrutado las celebraciones litúrgicas en nuestras casas como en los primeros tiempos de la Iglesia. Necesitamos ser agradecidos con estos esfuerzos, y obviamente continuarlos con creatividad siempre renovada. Una iniciativa en este sentido ha sido el **#yorezoencasa** que providencialmente ha traspasado las fronteras del Seminario.

Quiera Dios que el Pentecostés 2020 nos encuentre rezando y amando, como María y los apóstoles. Probablemente así podamos hospedar el soplo del Señor en nuestro Seminario.